

¿Porqué una revista multidisciplinaria?

*Rubén Sierra Mejía**

Resumen

Y es que el pequeño editor, si va por libre y no tiene quien le ampare —y si alguien le ampara es dudoso que le cuadre el título de pequeño editor— es un personaje singular que se enfrenta a las tareas más variadas; puede empezar el día discutiendo con un autor sobre lo que se le olvidó pensar a Hegel y continuar la jornada cogiendo un berrinche considerable porque los libros no salieron a tiempo de la imprenta, para después aguantar al nonato que insiste en que su manuscrito es extraordinario —y además, a veces lo es—, tratar de convencer al director de la oficina bancaria de que su insolvencia es pasajera, discutir con el escaso personal que le ayuda el tamaño de la paga, gritarle al plomero que, por qué no arregla de una vez aquel condenado escape de agua, humillarse ante el funcionario estatal que no le libra el pago de unas compras que una vez, por casualidad, le hicieron.

Abstract

The author criticizes the pattern of an academic culture through an absurd specialization, which make difficult things and interrupts their connections, which does not spread its limits or visit «other territories». Besides, it talks about the specialized language that discards the neophyte, and takes out the clarity and simple sense of expression. Then, he pleads for an «ordinary language», permitting us to have access to the accomplishments of modern thought. On the other side, the author attacks the «deceit» of the pseudo-reader, result of the manipulation of «cultural industry and nationalisms», which forget what is authentic and universal. All these arguments justify a space for meeting, the meeting of multidisciplinary magazines.

** Editor español

He creído conveniente hablar de multidisciplinaria y no de «cultura general», pues este término además de encontrarse degradado, está referido a aspectos de la formación del individuo, y sobre todo a aspectos que hacen mención a conocimientos básicamente humanísticos, en particular históricos y literarios. Es por otra parte una expresión cargada de filisteísmo, discriminadora de quienes han escogido otras relaciones — no necesariamente las prácticas— con el saber. Hablo de filisteísmo, pues con la expresión «cultura general», en el sentido que se le suele dar, se alude a un saber desprovisto de problemas, simplemente una serie de datos ornamentales de la personalidad individual, más o menos exactos y amplios, pero sin ningún propósito diferente al de su exhibición. Una revista dedicada a su cultivo, fácilmente entraría dentro de la frivolidad propia de las publicaciones que nos informan de los amoríos de algún miembro de las disminuidas cortes europeas, de un magnate de la industria o de la banca o de una célebre vedete de la farándula o del cine. El rapto de Europa podría convertirse en un picaresco secuestro, perdiendo por lo tanto toda la fuerza y el encanto del mito.

Quiero plantear el problema trayendo a discusión un fenómeno que no es nuevo pero que aún persiste, y que a mi modo de ver es el origen de la acrimonia con que en ciertos sectores se aprecian las revistas multidisciplinarias. En el campo de la cultura tanto el público receptor como —y en especial—, ciertas capas del mundo intelectual moderno, han tendido a mirar con sospecha todo intento de pasar fronteras, de no limitarse a una única zona de intereses definida previamente por unos problemas y a veces por unas actitudes. Toda pretensión de establecer relaciones de vecindad se considera una especie de fuga hacia países exóticos, sin disponer del pasaporte que le permita abandonar su propia patria ni de la visa que le da derecho temporal para moverse en tierra extraña. Permanecer en casa es lo más recomendable, pues es lo que menos riesgos acarrea. Una especialización excluyente, que nada quiere saber de lo que sucede más allá de su zona ni siquiera arriesgarse a visitar la frontera para conocer sus límites, parece ser el ideal de la cultura académica y de la cultura pública —de la creación literaria, por ejemplo.

Estamos sin embargo en una época en que es corriente situarse en la frontera, irritar a los habitantes de ambos lados, incluso transgredir las

normas de cada zona. Acepto pues que he introducido una generalización, que habría que matizar si fuésemos a hacer el estudio de algunas tendencias del pensamiento contemporáneo. Pero contrasta esa renovación con ciertas actitudes conservadoras muy frecuentes de respetar la línea divisoria de «las dos culturas», con sus creadores autónomos y sus públicos propios. La sospecha es mutua. Lo es también la ojeriza entre ambos bandos. Toda información exhaustiva, toda intención demostrativa y toda argumentación rigurosa resultan ser necias manifestaciones de petulancia y de saber vacío para quien no tiene como propósito dar explicaciones de mundos conceptuales y metafóricos sino la creación de nuevas formas simbólicas. La libertad de pensamiento, las audacias verbales y el juego de imágenes se consideran sospechosos por quien sólo cree en el argumento preciso, en el dato verificante y en el lenguaje desprovisto de todo exceso. En esta forma, lo que parecería ser simplemente una delimitación de actividades, se convierte en una actitud frente al saber y la cultura en general. El resultado ha sido un universo cultural dividido en dos grandes bloques: a un lado las disciplinas académicas, con sus jergas e idiolectos propios y con sus maneras expositivas rigurosas, que no dejan resquicio a la duda, y que buscan siempre la demostración de la verdad, la instauración de un dogma. Del otro, la imaginación, el lenguaje libre, la falacia lúdica, el pensamiento insinuado. Un mundo escindido, en el que las partes nada quieren saber del trabajo de los otros.

¿Cómo aceptar entonces una publicación que no traza primero la línea de sus fronteras? ¿Para qué un poema en una revista que a la vez habla de la paz mundial o del surgimiento de las etnias como factor determinante en la constitución de las nacionalidades? ¿Cómo tolerar el narcisismo creador de quien cuenta un trozo de su vida por el simple placer de compartirlo con un hipotético lector? ¿No es acaso más recomendable una semblanza biográfica, objetiva, en la que el documento actúa como juez de todo lo que se narra? ¿Por qué un ensayo que se plantea las relaciones entre creación literaria y pensamiento conceptual cuando la poesía y la fábula son autónomas y no obedecen a las leyes de la razón lógica? No son preguntas que se me hayan ocurrido arbitrariamente o como simple ejercicio retórico. Son objeciones que se me han hecho

durante las dos experiencias que he tenido como director de revistas multidisciplinarias y en algunos intentos de discusión del problema.

II

Al hablar de publicaciones periódicas multidisciplinarias, me parece necesario referirme, en primer lugar, a las posibilidades del lenguaje público, o común, para la comunicación de todo lo que concierne al conocimiento, pues esas publicaciones, por la amplitud de intereses, tienen un destinatario que no está familiarizado con los lenguajes científicos, con sus términos y sus maneras de expresión. Es ese lenguaje el que más reticencias provoca en la comunidad académica, pues se lo considera sólo apto para la divulgación superficial pero en manera alguna con el poder de precisión que requiere el pensamiento riguroso. Contamos sin embargo con ejemplos que contradicen esta apreciación.

Aldous Huxley, al hacer el elogio de la prosa de Bertrand Russell, destaca la destreza en el manejo del lenguaje común de que hace gala el filósofo inglés, aun en momentos en que tiene que tratar temas de poquísima familiaridad para el profano: «Ni hay jerga, ni un solo neologismo. Nada fuera del inglés llano. No hay ningún esconderse tras oscuridades, ninguna pretensión de que el asunto sólo es inteligible a los especialistas y sólo se puede hablar de él en un lenguaje privado. Todo es perfectamente claro y sincero». El propio Russell se preciaba de esas virtudes suyas, y proclamaba que era capaz de escribir la frase más inocua en un lenguaje preciso, unívoco, riguroso, sólo comprensible para quienes hubiesen tenido un entrenamiento previo en los grafismos que él mismo ayudó a crear e imponer entre lógicos y matemáticos; pero también era capaz, afirmaba, de escribir sobre los temas más abstractos y difíciles en un lenguaje sencillo que los hiciera inteligibles a un público lego en cuestiones filosóficas, al hombre que aún no ha recibido los instrumentos lingüísticos para su comprensión técnica.

No es Russell el único filósofo que ha hecho uso del lenguaje común como instrumento de expresión de un pensamiento nuevo y ciertamente complejo. Podríamos evocar de igual manera a Henri Bergson. Pero también a científicos que con sus descubrimientos y teorías han llegado a

hacer sustantivos aportes a los campos de su especialización. Werner Heisenberg y Julian Huxley y, en el momento actual, Stephen W. Hawking, son ejemplos de ese hombre de pensamiento que no encuentra incompatible la creatividad y penetración científicas con la claridad estilística y en especial con la utilización de un lenguaje que si bien no evita los términos técnicos, acepta las normas gramaticales corrientes que los hacen comprensibles para una amplia gama de lectores.

La lección que puede sacarse de los ejemplos mencionados es la de que también los temas científicos y filosóficos son susceptibles de ser tratados en un lenguaje que no pretende discriminar al lector. Naturalmente tenemos que aceptar que por lo general esas exposiciones, en particular cuando se trata de ciencias exactas, quedan reducidas a la explicación de los principios, las conclusiones y las consecuencias de los temas discutidos, pues cuando se quiere ir más allá para ofrecer las respectivas demostraciones, es necesario entonces recurrir a un refinamiento lingüístico que rebasa las posibilidades de precisión del lenguaje común. Y es justamente esta limitación una de las razones por las que el científico y el filósofo rehúsan su empleo para adoptar en su lugar esos idiolectos sólo accesibles a sus respectivas comunidades profesionales. Actitud que no obedece únicamente a las limitaciones de aquél y a su natural ambigüedad — ambigüedad que puede crear malentendidos —, sino además al rechazo a cualquier posibilidad de sustituir la teoría por aspectos secundarios pero con el encanto de producir en un ficticio lector medio fantasías y emociones que nada tienen que ver con el sentido del pensamiento que se pretende exponer.

Y justamente en este aspecto podemos encontrar una de las funciones básicas del lenguaje común: éste es fundamental para que los nuevos adelantos científicos logren una difusión más amplia de la que compete al dominio de los especialistas, y se conviertan así en patrimonio universal de una cultura y por consiguiente en un elemento de la visión del mundo de quienes comparten esa cultura. Es también por medio del lenguaje común que los términos técnicos llegan a ser parte del léxico corriente, aunque tenemos que reconocer que con la correspondiente pérdida de univocidad con que están definidos en la disciplina que los gestó. El lenguaje de los especialistas, en cambio, tan necesario para la

comunicación dentro su comunidad, se constituye en un obstáculo para la divulgación amplia de las teorías que proponen las investigaciones recientes y para que éstas entren a ser patrimonio de la cultura de un pueblo.

La ciencia y la filosofía son también un problema de lenguaje. En especial la filosofía se ve constantemente abocada a crear sus propios modos de expresión: todo nuevo pensamiento encuentra estrecho el lenguaje heredado, viéndose en la necesidad de crear el suyo propio. De ahí esas jergas que tanto irritan al profano cuando tiene que enfrentarse a un léxico y unas formas expositivas que chocan con sus habituales maneras lingüísticas. La metáfora de Gottlob Frege es pertinente: «Creo poder hacer muy clara la relación de mi conceptografía con el lenguaje común si la comparo con la que hay entre el microscopio y el ojo. Este último, por el campo de su aplicabilidad y la movilidad con que se sabe adaptar a las más diversas situaciones, posee gran superioridad frente al microscopio. Considerado como aparato óptico, muestra sin duda muchas imperfecciones, las cuales pasan desapercibidas, por lo común, sólo como consecuencia de su estrecha conexión con la vida mental. Pero tan pronto como los propósitos científicos establecen mayores exigencias en la precisión de las distinciones, el ojo resulta insuficiente. Por el contrario, el microscopio es de lo más apropiado para tales fines, aunque, por ello, no es utilizable para otros». **Conceptografía** (otros prefieren decir «ideografía») es el nombre que le dio Frege a su sistema lógico, con la consiguiente creación de una escritura simbólica que lo provee de un refinado instrumento para sus cálculos. Es pues un lenguaje técnico, uno de los tantos lenguajes científicos y auxiliar además de muchos de éstos. Pero la metáfora es perfectamente válida para todos los demás lenguajes de las ciencias. Y tal como lo insinúa la analogía fregiana, al traducirse uno de esos idiolectos al lenguaje común, pierde indudablemente precisión, no deja ver matices ni diferencias; gana sin embargo en posibilidades de uso.

Pero hay una tendencia a que el lenguaje técnico de los científicos y de algunos filósofos, que en sí no es más que un instrumento de precisión, degenera en una intolerable jerigonza en boca de quienes consideran que pensar es simplemente combinar, en una arbitraria sintaxis, las palabras acuñadas por necesidades conceptuales dentro de una disciplina o escuela. Y de términos rigurosos, con un sentido preciso, que

ciertamente exigen un esfuerzo inicial para su dominio, se convierten en voquibles vacíos sin ningún control semántico, pero que crean la ilusión de ofrecer un pensamiento original, novedoso o al menos de moda. El resultado son textos cuya nota distintiva es la oscuridad y la carencia de una gramática con la cual se pueda intentar su análisis. Hay que darle entonces la razón a Drummond de Andrade, quien se hace portavoz de ese horror que siente el profano, aun el hombre culto, ante las jergas de científicos y filósofos:

Da leitura frástica e transfrástica

Do signo cinésico, do signo icónico e do signo

[gestual

Da clitização proniminal obrigatoria

Da glosemática

Libera nos, Domine.

III

Surgió, necesariamente, un nuevo problema cuando hablamos del lenguaje común. **Necesariamente**, porque son problemas interrelacionados, que hubiera podido analizar en conjunto; pero he querido hacerlo por separado, para reconocerle a este último la importancia que tiene. Me refiero al tema del lector. O del receptor, pues las orientaciones del problema se repiten cuando estudiamos al destinatario de otros sistemas de información amplia. Y creo necesario que nos detengamos en él porque hay en su tratamiento tradicional una falacia, que debe ser destruida si queremos que nuestras publicaciones tengan una incidencia positiva en la vida cultural de la sociedad.

Una tendencia del mundo actual es la de convertirlo todo en mercancía, incluido el bien cultural. Y al convertir el bien cultural en mercancía, lo someten a unas presuntas **leyes naturales** de la oferta y la demanda. Sabemos también que eso ha conducido a trastocar su valor real, haciendo énfasis alevosamente en aspectos secundarios pero que, de acuerdo con las leyes de mercadeo parecerían ser los de mayor demanda. En este caso —como en muchos otros de la actividad intelectual— el consumidor es una arbitraria construcción de la oferta. Si ésta

tuviera otros propósitos, de seguro tendríamos otro tipo de consumidor. Son los mismos medios de comunicación los que con la artimaña de promover la cultura, la convierten en su instrumento para imponer al ciudadano desprevenido valores pseudoculturales. Para esto se ha utilizado la falacia de la conveniencia de emplear un lenguaje apropiado que pueda llegar —se dice— al lector medio. Ese lenguaje no es el lenguaje público, el que utilizamos para la comunicación diaria, sino un lenguaje frívolo que tiene la perversa intención de darle igual tratamiento a un asunto científico o cultural que a las habladurías que generan quienes no tienen otra producción que mostrar que las extravagancias o excesos de su vida privada.

Ahora bien. La confusión entre lenguaje público y lenguaje frívolo proviene del supuesto de que existe un lector natural que exige en el consumo de la cultura un producto que lo margine de los problemas personales como también de aquellos provenientes del mundo social en que se mueve, y que a su vez le procure falsas ilusiones. Debemos insistir sin embargo en que no hay un lector natural, que el lector es un constructo en el que intervienen el escritor y los diferentes sistemas de difusión de la palabra. Un constructo que se logra a través del estímulo de hábitos de lectura y de la creación de sensibilidades. De manera que hablar de un lector medio no es otra cosa que una falacia que busca invertir la relación escritor-lector, para someterla a los intereses de aquellos medios. Una falacia que a su vez se basa en otra: la que considera que el mayor número de lectores es un concepto idéntico al del lector medio. Pueden ambos conceptos —»mayor número de lectores» y «lector medio»— referirse al mismo número de personas, pero lo cierto es que no son coincidentes. Lector medio no es sino una ficción, pero no un concepto que, como aquel otro —ciertamente vago— de mayor número de lectores, tenga su raíz en una demanda procedente de la sensibilidad cultural de las sociedades, aunque quizás haya que reconocer que no es controlable a través de estadísticas ni previsible su conducta por medio de estudios de mercadeo.

Si aceptamos la falacia, tenemos que concluir que a la difusión de la cultura se le deben aplicar las mismas técnicas de mercadeo, aunque sólo sea intuitivamente, que aplicamos a cualquier otro tipo de bienes de consumo, en especial aquellos que no cubren necesidades primarias del hombre sino sólo caprichos creados por la propaganda. Por este camino

se ha llegado a someter la supervivencia de publicaciones y de programas culturales a encuestas de opinión, en las que el encuestado está previamente definido como tal consumidor medio. Si apreciamos la cultura como mercancía, es natural que reclamemos entonces que los temas que se han de tratar sean de interés para el público, ese lector medio que resulta ser falazmente quien impone los criterios con que deben tratarse los asuntos culturales.

Desenredemos el ovillo. En la apreciación del problema que se nos quiere presentar, el lector medio parece ser el proveedor de criterios para juzgar el valor del producto cultural. Pero este lector medio, como ya lo hemos dicho, es un invento de los medios de comunicación. Y al ser una invención suya, los presuntos criterios aportados por ese ente ficticio no son entonces sino la proyección de los intereses de aquellos medios. En esta forma se quiere eliminar la tensión entre el escritor, como creador autónomo de lenguaje, y quienes tienen la misión de difundir los bienes culturales².

IV

Para Luis Cardoza y Aragón la expresión «nacionalismo cultural» no es más que una «contradicción en los términos». La posición del escritor guatemalteco me parece una extraordinaria actitud para introducir el tema que me propongo esbozar en seguida. Pero quiero complementarla con una cita de Adorno: «Toda manifestación cultural auténtica tiende a su comprensión universal, a la superación —no a su negación— de los valores regionales, apoyándose a veces en estos mismos valores». Juicios similares podemos encontrar en escritores de diferentes lenguas. Pero creo que las dos autoridades invocadas, la americana y la europea, son suficientes por el momento.

¿Por qué este problema que parece pertenecer exclusivamente a la filosofía de la cultura cuando nos estamos ocupando de la legitimidad de las revistas multidisciplinarias? Podríamos hacer su historia refiriéndola a las propuestas de una literatura americana, a los disparates de las discusiones sobre la «identidad nacional», etc., pero es preferible limitarnos a nuestro tema. Digamos sólo que las propuestas y discusiones a que he aludido han conducido a mirar con sospecha —al menos sospecha de

extranjerizante— todo tipo de publicación de fronteras abiertas. Sabemos de escritores colombianos de verdaderos méritos que se han negado a publicar en ciertas revistas por considerar que no se identifican con una orientación que represente unos determinados valores, supuestamente propios de nuestra identidad cultural.

El caso de Baldomero Sanín Cano nos puede servir de ilustración en el problema que estamos planteando. Recordemos que en varias oportunidades se vio en la necesidad de explicar a los lectores las razones por las cuales centraba su atención de crítico en las literaturas extranjeras. Un contemporáneo suyo, Luis María Mora, le llegó a reprochar que fuese un escritor ávido de lecturas de textos exóticos, que «no ama la literatura sencilla, clara, transparente de los pueblos que se bañan en las ondas azules del Mediterráneo, sino que se embelesa en las lucubraciones oscuras de pensadores del Norte y en las figuras abstractas de los dramas escandinavos». Y aun llegó a agregar —exagerando maliciosamente— que el ensayista colombiano no leía ningún libro si no tenía la seguridad de que en Colombia él solo estaba en posesión de un ejemplar. Considerados hoy en día, los juicios citados son un bumerán que sólo afecta a quien los emitió: en ellos queda claro que su autor no podía, por razones de formación intelectual, comprender las intenciones de don Baldomero, pues partía de un axioma de por sí falso, o sea la claridad de la cultura latina enfrentada a los oscuros modos de pensar de los nórdicos. Aun un crítico de reconocida ponderación como Rafael Maya escribe, en 1944, que las mejores páginas críticas de Sanín Cano por desgracia no pertenecían a nuestra cultura: «Son estudios sobre escritores alemanes o ingleses, o ensayos acerca de cuestiones generales de la cultura humana, que valdrían lo mismo escritos en cualquier idioma de la tierra». Maya fue explícito en aceptar que su consideración sobre el ensayista colombiano no buscaba demeritar su obra. Persiste sin embargo en la acusación de extranjerizante que le imputaron sus contemporáneos.

Sanín Cano supo responder a tiempo a los reproches que se le hicieron. Lo hizo asumiendo una actitud crítica ante el enclaustramiento de la cultura colombiana en la tradición hispánica. En un artículo de **Ensayos** se dedica a mostrar —analizada la cuestión bajo la óptica lingüística— que no es posible hablar de claridad latina. Como sus mejores textos, ésta es

una lección maravillosa de ironía, aunque hay que admitir un tinte falaz en el tratamiento del problema, pues un asunto básicamente cultural, que requiere un análisis histórico y filológico, lo convierte en cuestión de lingüística, de estructura de lenguaje. En «De lo exótico», en cambio, la respuesta se ajusta más a los términos culturales en que estaba planteado el problema. En este ensayo se refiere a las literaturas extranjeras y a la función renovadora que tiene su estudio para las culturas nacionales, pues en su entender no es posible que una literatura moderna pueda permanecer libre de influencias externas sin que entre en un proceso de empobrecimiento: para don Baldomero, el conocimiento de las literaturas extranjeras sirve entonces para favorecer el advenimiento de nuevos valores estéticos. Los más grandes genios de una lengua, por ejemplo, han sabido apropiarse de las virtudes de escritores ajenos a su mundo: el arte de narrar no lo aprendió Cervantes de sus colegas españoles sino de autores italianos como Boccaccio y Ariosto. Pero además hay que tener presente, por una parte, que para Sanín Cano lo propiamente nacional (sea ello colombiano, español, alemán o francés) no es lo que hace de una pieza «una obra de arte de valor universal» y por otra, que la literatura moderna, en especial a partir de Goethe, tiende a borrar las fronteras de lo nacional para ser verdadera literatura mundial.

Admirador del crítico e historiador danés Georg Brandes, consideraba que el estudio de las literaturas extranjeras proporciona el beneficio de un mejor conocimiento de la propia tradición, pues la comprensión de lo extraño provee de valores estéticos al historiador y al crítico nacionales: «El estudio comparativo de las literaturas tiene la doble ventaja de acercar lo extranjero a nuestra mente, de manera que podamos asimilarnosle y alejar de nosotros lo que nos es propio para poder contemplarlo mejor. No se puede ver ni lo que está demasiado cerca ni lo que está demasiado lejos de nuestros ojos». Posee este estudio, en síntesis, un doble interés, pues por una parte propicia el acercamiento de las naciones y por la otra tiene un alcance metodológico indudable. Pero es el aspecto metodológico el que me interesa en este momento, pues es el que acoge don Baldomero. Lo llamo metodológico, ya que para el danés el estudio de las literaturas de otros pueblos permite conocernos mejor. Sin ese estudio, la aprecia-

ción de lo propio carecería de un término de comparación, necesario para establecer el valor de nuestras manifestaciones culturales.

He traído a la memoria el problema que se le planteó a Sanín Cano, porque la actitud localista con la que debió enfrentarse en las primeras décadas del Siglo XX no ha desaparecido del todo. Por el contrario, se insiste con más frecuencia de la esperada en que debemos limitarnos a lo «nuestro», a cultivar nuestra auténtica tradición y divulgar nuestros valores raizales. Ya no se insiste, es cierto, en una tradición hispánica, sino en elementos de sentido mucho más provincianos. Pero tanto en el caso que comentamos como en la situación actual, se trata de trazar fronteras, limitadoras de cualquier acción cultural. Por lo demás, no ha sido un problema de nuestra propiedad. En los gobiernos totalitarios, ese nefasto nacionalismo ha llegado a ser política cultural del Estado. Por eso los artistas y escritores han tenido que responder periódicamente a esas pretensiones de delimitar las fronteras de una cultura, las que se supone deben defenderse con el mismo celo y violencia con que se defienden las fronteras geográficas. Ejemplos de esos artistas y escritores nos sobran: Igor Stravinsky, hablando de música; Mario Vargas Llosa, refiriéndose a problemas generales de la cultura.

En realidad una cultura es una encrucijada de tradición y préstamos extranjeros. Sólo en ese cruce se obtiene la creación. Cuando un pueblo quiere vivir únicamente de su pasado y del solo cultivo de sus valores, y evita la comunicación activa con culturas extrañas, es decir no interactúa con éstas, entra en una especie de entropía que lo lleva finalmente a un estado de improductividad o de muerte. Pues las culturas son como organismos que requieren para su supervivencia de nuevos genes que las revitalicen. «...ninguna cultura puede vivir demasiado tiempo de su propia sustancia», afirmaba en cierta ocasión Günter Grass. Y Goethe, en ese momento de esplendor de la cultura alemana que él ayudó a formar, decía que «cada literatura termina por fatigarse de sí misma si no se regenera a través de la participación extranjera».

No se trata entonces de simple difusión de temas y de formas culturales extranjeras, sino de su incorporación a la propia tradición. Reelaborando un concepto de Ernst H. Gombrich, podemos introducir el

término «naturalización» para referirnos al proceso asimilativo, por parte de un pueblo, de un autor o de un pensamiento nacidos en un ámbito lingüístico distinto al suyo. La naturalización no es simplemente la influencia que un autor o un pensamiento puedan tener en un mundo ajeno a aquél en que surgieron, sino el hecho de que entran a ser parte integrante de esa nueva tradición cultural, es decir que se los subjetivice, se los convierta en maneras propias de pensar, hasta olvidar su verdadero origen.

NOTAS

- 1 En varios apartes de esta ponencia he aprovechado pasajes de textos míos anteriores. Considero honesto advertirlo pero no deshonesto prescindir de las comillas.
- 2 Antes de continuar, quiero hacer una aclaración. Las observaciones que he hecho se limitan a la tendencia a valorar la legitimidad del producto cultural por la sola recepción que éste tenga por parte de esa ficción llamada lector o consumidor medio. La comercialización del saber y de la cultura, a través de su reproducción técnica, es uno de los fenómenos más interesantes y positivos del mundo moderno. Desafortunadamente no podemos explayarnos en el análisis de este aspecto.

Índice de la revista **Fermentum**. Número Dos. Año 1.

I. — Tema central: *Los tres congresos venezolanos de Sociología y Antropología*. La investigación socioantropológica en Venezuela. **Una aproximación a través de los tres Congresos (1981-1982-1990)**. **C. T. García, O. Agullera y O. Jiménez**.

A. — *Ponencias del Primer Congreso*

1. — **Problemática urbana y comportamiento social**. **R. Briceño-León (UCV)**.

B. — *Ponencias del Segundo Congreso*

1. — **Demografía: Síntesis o encrucijada**. **M. Bolívar Choleter (UCV)**. 2. — Participación de los sociólogos en el programa censal de 1980. **A. Brenda C. de Figueroa (OCEI)**. 3. — Identificación y análisis de las condiciones generadoras de las corrientes migratorias latinoamericanas en Venezuela (1974-1979). **Estudio de tres casos: Chile, República Dominicana y Colombia**. **E. Lazlo (UCAB-Cordiplán)**.

C. — *Ponencias del Tercer Congreso*

1. — **Crisis actual y algunos efectos sociales en Venezuela**. **E. Medina R. (UCV)**. 2. — **Ethos y valores en el proceso histórico de Venezuela**. **M. Viana S.J. (UCAB)**. 3. — **La crisis social y el nuevo estilo educativo: Retos, reflexiones y propuestas**. **A. Rodríguez (Colegio Universitario de Caracas)**. 4. — **Matrilinealidad o crisis familiar en Venezuela**. **S. Hurtado S. (CISOR-UCV)**. 5. — **Postgrado y socialización científica de las ciencias sociales**. **N. Ruiz (Coordinación de Postgrado-UCV)**.

D. — **El papel de las publicaciones periódicas**. **C. T. García (ULA)**

II. — **Explorando la ciudad**

— **El satanismo en Mérida**. **O. Jiménez (Fac. Ciencias Jurídicas y Políticas, ULA)**.

III. — **Entrevista con el Jean Marc D'Civrieux**

IV. — **Reseñas**

Eventos científicos. Libros. Investigaciones en curso.